

GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO

FILOLOGIA MÉDICA.

VOCABLOS IMPROPIOS Ó NADA CASTIZOS DE NUESTRO LENGUAJE MEDICO.

UMPLEO mi turno reglamentario llamando la atención de mis ilustrados colegas sobre un punto, que, si no se relaciona con la ciencia misma, refiérese sí al modo de verter los conceptos de ésta, á su ropaje exterior, por decirlo así, y por lo tanto no carece de importancia. Sabido es de todos los que me escuchan que el lenguaje científico, ó tecnicismo, es componente importante del método de las ciencias, y que cuando éstas tienen que tomar en consideración objetos numerosos, variados, y ligados entre sí por relaciones de diversa índole, la necesidad de formar una nomenclatura y una terminología se impone de tal suerte que mientras éstas no queden formadas la ciencia se detiene en su marcha, é imperan la confusión y el caos en donde deben reinar la claridad y el orden.

En comprobación de lo que venimos diciendo recordaremos la historia de la química: uno de los obstáculos con que, para su adelanto, tropezaba esta admirable ciencia, era el conjunto de defectuosos nombres, impuestos á los diferentes cuerpos. Nombres arbitrarios eran estos, nombres caprichosos y sin precisión, nombres que nada ó poco tenían que ver con la composición de dichos cuerpos, sino con su aspecto exterior, con su procedencia, con sus supuestas cualidades; nombres muchas veces debidos á la fantasía de los alquimistas, nombres, por último, que variaban de un

lugar á otro, dando ocasión á que la misma sustancia fuese designada por varios de ellos, resultando de aquí la confusión que era consiguiente.

Tan lamentable estado de cosas se prolongó hasta fines del siglo pasado, en que el ilustre Lavoisier, asociándose á Guyton de Morveau, fundó la nomenclatura química; el eminente Linneo prestó un servicio parecido á la Botánica, su ciencia predilecta, creando la terminología ó sistema razonado de nombres adecuados para denotar, ya las especies de plantas, ya sus caracteres descriptivos.

Las ciencias médicas necesitan como pocas una nomenclatura y una terminología metódicas. Son tantos los objetos que hay que denominar, son tan variados, son tan distintos, están ligados entre sí por tan diferentes relaciones, y son todos de tal manera importantes, que prestaría un gran servicio á la ciencia aquel sabio, que dotado de las estupendas facultades de un Linneo ó de un Lavoisier, sometiese el tecnicismo médico á una revista, y lo reformase, haciéndolo descansar en bases verdaderamente lógicas y filosóficas. Desgraciadamente aun no viene ese Mesías científico, y es notorio que el lenguaje médico adolece de considerables imperfecciones.

En Anatomía, por ejemplo, los nombres de los órganos son caprichosos, y la mayor parte de las veces no sirven para consignar cualidades de importancia. Sabido es que Chaussier, anatómico distinguido, propuso para designar los músculos un conjunto de nombres que recordara las inserciones de ellos, las cuales son datos anatómicos de la mayor importancia; pues bien, no obstante lo ingenioso del sistema, y lo notorio del mal que con él se quiso remediar, no se adaptaba á las exigencias del problema, y no pudo generalizarse; así es que sólo se conserva para contados músculos.

Lo que decimos de la Anatomía, pudiéramos decirlo de la Fisiología, de la Patología, de la Histología, de la Bacteriología, y de otras muchas ciencias médicas, que, concretas y descriptivas en el más alto grado, tienen que valerse de una larga lista de nombres, que designen los objetos por estudiar, y sus principales accidentes y propiedades.

El método científico, considerando la cuestión en abstracto, reduce á solas dos las condiciones del lenguaje científico: éste debe ser rico y preciso. Lo primero prescribe que cada objeto ó parte de objeto, que cada propiedad, cualidad ó detalle importante posea un vocablo que lo exprese; lo segundo ordena que cada nombre signifique un solo objeto, ó una sola cualidad; en otros términos, cada nombre debe tener una sola acepción

bien determinada y perfectamente definida; y cada significación de importancia debe tener un nombre que la exprese. Con la primera condición se alcanza la claridad del lenguaje, condición *sine qua non* de la ciencia. En las bellas letras suele decirse que el escritor debe poseer tres prendas: pensar alto, sentir hondo, y hablar claro; en la ciencia se puede decir que el sabio ha de pensar con exactitud y expresarse con claridad.

El tema del imperfecto trabajo que presento á mi ilustrado auditorio, no se refiere precisamente á las mencionadas y capitales condiciones del lenguaje científico, sino á otra, que, aunque en realidad es secundaria, no está desprovista de interés, á saber: que los vocablos empleados sean propios, sean adecuados á los fines para que se usan, y que sean castizos, es decir, acomodados á la índole de nuestra lengua.

Esta última condición está muy lejos de verse cumplida entre nosotros. En la educación científica se ve con deplorable desdén el conocimiento de la lengua, y el cultivo de las letras, considerando tales estudios como frívolos y de mero ornato. Error deplorable en que no incurren ni franceses, ni ingleses, ni alemanes; en los sabios de esas nacionalidades se admira, á la par que la profunda ciencia, la vasta instrucción literaria; los franceses descuellan más que los demás en este consorcio feliz de la ciencia fructífera y de la literatura florida; los franceses, artistas por temperamento, por raza y por educación, verdaderos griegos contemporáneos, jamás han descuidado la forma exterior, debiéndose en no pequeña parte á esto el éxito colosal de sus libros, la extensa reputación de sus profesores, y la popularidad verdaderamente cosmopolita de sus doctrinas y opiniones.

Nosotros nos hemos amamantado en libros franceses, nuestra inteligencia se ha despertado balbuceando vocablos franceses, nuestra cabeza está atestada de locuciones y de giros franceses, que salen inconscientemente de nuestra boca, mientras que los giros y los vocablos españoles permanecen sumergidos en el crepúsculo de la memoria, cuando no en la noche del olvido. Profesores eminentes por su ciencia hemos conocido, que se expresan en un verdadero chapurrado, que no es ni francés ni español, sino una amalgama imperfecta de ambos idiomas. Cuántos operadores notables hay que dicen, traduciendo á la letra una locución francesa: *se intenta la operación*, queriendo decir que se intenta, y que hablan de fenómenos *mórbidos*, olvidando que esta palabra se refiere á la morbilidad de las formas, sin tener que ver nada con las enfermedades, por más que los que así se expresan lo hagan con este último propósito. En estos ejemplos,

que se pudieran multiplicar hasta lo infinito, los vocablos son castizos, son de buena cepa, son á no dudarlo españoles; pero se han usado sin propiedad, fuera de su acopeción legítima y en otra muy diversa.

La historia, mostrándonos cómo se ha efectuado el engrandecimiento de las naciones, y las vicisitudes por que han pasado los pueblos en las diversas fases de la cultura intelectual, nos explica por qué el español es tan pobre en voces científicas, y por qué el francés no es sólo, por su especial sintáxis, el idioma de la diplomacia, sino también el más abundante y rico en vocablos técnicos.

Entre las lenguas modernas el español se fijó, floreció y produjo ricos tesoros literarios, inmediatamente después del italiano, y un siglo antes que el francés. Después que Petrarca, el Dante, Bocaccio y el Ariosto, llevaron á su perfección el dialecto toscano, el marqués de Santillana en tiempo de Don Juan II de Castilla, y Boscan y Garcilaso en tiempo de Carlos V, introdujeron en la poesía castellana las formas y metros italianos, y no tardó la lengua española en llegar á su perfección. En el reinado de Felipe II, las armas españolas daban la ley á la Europa, y la literatura española compartía con la italiana el imperio del buen gusto.

En los reinados de Felipe III y Felipe IV, comenzó la decadencia política de la monarquía española, pero todavía se prolongó su auge literario, floreciendo entonces el gran Lope de Vega, el incomparable Quevedo, el inmortal Cervantes, D. Pedro Calderón de la Barca, Tirso de Molina y nuestro eminente compatriota D. Juan Ruiz de Alarcón, una de cuyas comedias, "La Verdad Sospechosa," sirvió de modelo á Pedro Corneille, y decidió la vocación de Molière.

Desgraciadamente, el español solo descolló y prosperó en las letras, debido sin duda á una institución funesta que se arraigó extraordinariamente en aquella noble y heroica nación, extinguiendo en ella el espíritu de investigación científica. Los reyes católicos, que en su feliz y glorioso reinado, consumaron hechos tan grandiosos, como la conquista de Granada, la unión de las coronas de Castilla y de Aragón, los reinos más poderosos de la península ibérica, el descubrimiento de América, la sumisión de la nobleza inquieta y turbulenta, y las grandes mejoras que introdujeron en la administración interior del reino, pues bien, monarcas tan gloriosos, decimos, inspirados sin duda en nobles propósitos, incurrieron en el grave error de arraigar en sus dominios y de fortificar la inquisición moderna, que sofocó el amor á la investigación, que desvió el genio español del cultivo de las ciencias, temeroso de incurrir en la funesta suspicacia de un

Tribunal que sospechó de Fray Luis de León, y de otros varones tan doctos como piadosos; las demás naciones libres de tan terrible presión cultivaron la filosofía y renovaron las ciencias, mientras que la hermosa lengua española se vió reducida al dominio de la literatura, en donde era menos probable despertar la malicia y encender el encono del terrible tribunal.

Así es que en el siglo XVII la Alemania había producido un Kepler, la Inglaterra un Newton, la Francia un Descartes y un Pascal, mientras que la nación española no había producido una sola eminencia científica á las anteriores comparable, y aun su misma literatura, hasta entonces tan brillante, comenzaba ya á empañarse y á decaer. En el siglo pasado se acentúa cada vez más ese movimiento favorable á Francia, y desfavorable á España y á su lengua. La corona francesa había sustituido en la diplomacia y en las armas á la España de Felipe II, llevando su influjo á tal grado que un vástago de la familia real, el duque de Anjou, nieto de Luis XIV, fuese con el nombre de Felipe V á ocupar el trono de los Alfonsos de Castilla, de los Pedros y Jaimes de Aragón, y á heredar la principal parte de la inmensa monarquía de Carlos V, en la cual según afortunada frase jamás se ponía el sol. La lengua francesa venció y eclipsó de la misma manera á la lengua española. Los franceses, desde Pascal, eran los mejores prosadores; desde Racine eran los mejores trágicos, desde Molière los mejores dramaturgos. Los dramáticos españoles tan brillantes al comenzar el siglo XVII, estuvieron reducidos en el XVIII, á Cañizares y á Zamora, que inundaron el teatro de producciones menos que medianas.

No es de extrañarse pues el colosal influjo de la lengua francesa, más de un siglo há que los críticos españoles han lamentado la introducción de giros y locuciones francesas en las letras castellanas. En el orden científico tal invasión debió ser y fué más alarmante; la ciencia propiamente dicha, la ciencia moderna fué muy poco cultivada en España, mientras que lo fué con esmero en Francia; en el presente siglo la lengua francesa se ha encontrado tan provista de voces científicas, como exhausta de ellas se encontraba la española.

De tal estado de cosas debía resultar forzosamente que los que, hablando el español como su lengua nacional, se dedican á cultivar las ciencias, en obvio de tiempo y de trabajo tomasen las voces, ya formadas, que en abundancia suministra el francés, más bien que acometer la tarea ingrata de formar vocablos, que poseyesen los caracteres de genuinamente

españoles. Si esto sucedió en las ciencias en general, más especialmente aconteció en las ciencias médicas. Se sabe que en la primera mitad del siglo los médicos franceses impusieron al mundo sus investigaciones y sus doctrinas. Anatómicos y fisiólogos brillaron en Francia, tan distinguidos como Bichat, Magendie, Cruveilhier, Sappey y otros; en la misma nación se distinguieron patólogos y clínicos tan eminentes como Broussais, Bouillaud, Louis, Andral, Chomel, Laenec, Grisolle, y operadores y cirujanos tan notables como Larrey, Lisfranc, Malgaigne, etc. La literatura médica francesa ofrecía pues á las demás naciones, no sólo la rica copia de sus doctrinas, sino también el extenso y variado conjunto de sus voces. En cambio la España y las naciones hispano-americanas, no podían hacer otra cosa que reflejar las doctrinas francesas, y hablar, castellanizando más ó menos, los vocablos usados por los eminentes médicos, que daban la ley al mundo é imperaban en la ciencia.

Baralt, el ilustre académico venezolano, tratando de reivindicar los fueros del habla de Cervantes, y de devolverle su perdido lustre, publicó con el nombre de Diccionario de Galicismos un libro notable, en que reunió muchas voces y giros de procedencia francesa. Exagerado si se quiere este libro, en el cual el autor extremó su casticismo, hasta calificar como de cepa francesa uno que otro vocablo genuinamente español, prestó, sin embargo, un gran servicio á la pureza del lenguaje, y representa una reacción enérgica de nuestra lengua, provocada por la creciente invasión de la que con tanto brillo usaron los Boileau, los Voltaire, los Balzac y los Víctor Hugo.

Un libro semejante al de Baralt se pudiera formar tan sólo con los galicismos médicos, pero no es tal nuestro propósito, ni á tanto alcanzan nuestra competencia y nuestras fuerzas, por lo cual sólo vamos á citar algunos vocablos que por la frecuencia con que se usan, y lo imperfecto de su formación, constituyen, no digo un lunar, sino una verdadera mancha que desluzce y afea nuestro lenguaje médico.

Comenzando por la Anatomía, se nos ocurre desde luego censurar el horrible, manifiesto y muy generalizado galicismo en que incurrimos, cuando llamamos *cuero cabelludo* á la piel que cubre la bóveda del cráneo en la parte en que crece el cabello. Este vocablo compuesto es manifestamente la mala castellanización del correspondiente vocablo francés *cuir chevelu*; pero las dos palabras que le componen tienen una acepción muy distinta de la que se les da en la locución que nos ocupa; pues es sabido, y así lo declaran los Diccionarios de la lengua, que *cuero* significa el pelle-

jo de los animales, la piel de cabra, carnero ó buey, curtida ó no, y el saco de pellejo en que se guarda aceite, vino y entre nosotros el pulque; en cuanto al adjetivo cabelludo, el Diccionario nos dice que se aplica al que tiene largo el cabello, pero no á la parte de piel en que el cabello crece. ¿Por qué en lugar del vocablo que condenamos, no decimos con más propiedad la piel de la cabellera?

La misma anatomía nos suministra otro vocablo, en que evidentemente no se ha hecho más que dar desinencia española á una voz francesa; hablamos del nervio mediano, llamado en francés *nerb median*. La denominación castellana nos parece impropia, pues el adjetivo mediano califica en español á los objetos que no son ni grandes ni pequeños, como lo indican claramente los Diccionarios, y lo manifiesta el uso común; este adjetivo se refiere pues á la magnitud y no á la situación, mientras que la voz francesa tiene precisamente esta última acepción, pues en el Diccionario de Larousse se la define: lo que se encuentra colocado en medio.

Salta pues á la vista lo impropio de la denominación, pues el nervio mediano es cabalmente el más grande de los que forman el plexus braquial, la denominación que se le dá se debe á la situación que ocupa, en medio de las otras ramas terminales del mismo plexus. ¿Por qué no le llamamos más propiamente el nervio de enmedio? Una de las condiciones del lenguaje científico es precisamente dar á los objetos nombres que no sugieran ideas de cualidades contrarias á las del objeto denominado; llamar mediano al nervio de que hablamos, es tan impropio como lo sería dar el mismo nombre al tercer dedo de la mano, ó al dedo de enmedio; solamente la costumbre de llamar así al dicho nervio hace que no advirtamos lo poco propósito de semejante denominación.

La misma crítica y basada en las mismas razones se puede hacer de los calificativos con que se designa á la vena mediana, y á las venas mediana basilica y mediana cefálica, que nada tienen de medianas, sino que son de lo más desarrollado entre las venas subcutáneas del antebrazo y de la sangradera; pero al darles este nombre se quiere sin razón significar con él que están colocadas en medio de otras. Es verdad que algún Diccionario de la lengua castellana admite el vocablo mediano en la acepción de lo que está en medio, pero poniéndole á esta acepción la nota de anticuada.

De manifestos galicismos pueden también calificarse los vocablos compuestos: pliegue de la ingle y pliegue del codo; en vez del primero debe decirse simplemente ingle, derivado del latín *inguen*, y que un Diccio-

nario de la lengua define con mucha propiedad la parte del cuerpo en que se juntan los muslos con el vientre; la segunda locución debe ser sustituida con la voz sangradera.

Ciertos diminutivos muy comunes en nuestro lenguaje anatómico, como arteriolas, vénulas, son la castellanización, muy defectuosa por cierto, de los respectivos vocablos franceses: *arterioles* y *veinules*. Los diminutivos castellanos terminan en *ito*, *ita*; en *ico*, *ica*; en *illo*, *illa*. ¿Por qué, si queremos hablar con propiedad, no decimos más sencillamente *arterillas* y *venillas*, expresándonos así con arreglo á la índole de nuestra lengua?

La fisiología pudiera suministrarnos no pequeño acopio de voces poco castizas unas, y aunque castizas, empleadas en impropia acepción otras; pero sólo queremos hablar para censurarle del verbo *secretar*, aplicado á la acción de las glándulas, y tomado evidentemente del francés en cuya lengua sí es castizo como lo demuestra el Diccionario de Larousse. Nos mueve á censurar este vocablo lo muy generalizado que está, y la circunstancia de que las ediciones undécima y duodécima del Diccionario de la lengua española, admiten tal verbo, tratando de darle así carta de naturaleza.

Pero contra esta última circunstancia arguye victoriosamente en mi concepto, la fundada, aunque pesadísima y áspera crítica, que el famoso y conocido censor de la Academia española D. Antonio de Balbuena hace de tal verbo en el segundo tomo de la obra llamada "Fé de erratas del nuevo Diccionario de la Academia." Censurando el acerbo crítico la definición de la palabra "cera," escribe un párrafo el cual cuadra tanto á mi propósito, que lo mejor que puedo hacer es trascribirlo textualmente.

Pero todavía, después de la *elaboración interna*, dicen estos sabiondos: (los académicos). "Algún otro insecto *secret* cera. . . ." ¿*Secreta* ó pública. . . ? ¡*Secreta* cera! Se dice segrega, mentecatos. Porque el verbo *secretar* que ponen ustedes en el lugar correspondiente no existe. ¿De dónde han sacado ustedes ese verbo irracional y bárbaro? ¿Basta que algún fisiólogo traductor ó plagiario, de esos que no saben castellano (ni fisiología) y que ponen especial esmero en hacerse ininteligibles le haya empleado para dar carta de naturaleza á un desatino? Tenemos el verbo segregar y no hace falta otro. Del supino *secretum*, de *secernere*, solamente el verbal en *io secretio* se usa, traducido en castellano secreción, pero no se dice, ni hace falta, ni nadie dijo más que la Academia, y antes de ella algún tonto, yo *secreto*, tú *secretas*, aquel *secret*. ¿Dónde está la autoridad que ampara ese supuesto verbo?

Por ese camino el día menos pensado adoptarán ustedes también *escultar*, como ya dicen por esculpir algunos infelices que se meten á críticos de bellas artes. ¡Valido está el idioma con semejantes académicos!

Hasta aquí el duro é inflexible crítico. Prescindiendo de la rudeza casi brutal de su lenguaje, no puede desconocerse la fuerza de sus razones, que son de tal suerte que deciden la cuestión. Efectivamente cuando en el idioma hay una voz castiza, adecuada, autorizada por el ejemplo de los buenos hablistas, ella es la que debe usarse, y no recurrir á idioma extranjero alguno.

También es muy común é igualmente impropio llamar fisiologistas á los que descuellan en la fisiología, cultivando esta ciencia con esmero. De fisiología se deriva fisiólogo como de filología filólogo, y frenólogo de frenología.

En patología se incurre entre nosotros en casi universal yerro cuando se da el nombre de *marcha* de las enfermedades á la parte de su estudio, que considera ó trata la sucesión de los fenómenos morbosos; excusado es decir que el origen de tal galicismo es como el de todos los demás, no la traducción, sino la castellanización lisa, llana é impropia del vocablo francés *marche*. En este caso el uso de palabra tan inadecuada ni siquiera puede justificarse con la autoridad del Diccionario, pues en cualquiera de los de la lengua castellana, no se admite como acepción legítima del vocablo de que hablamos más que la acción de marchar, verbo neutro, cuya acepción común, según el mismo Diccionario, es caminar, hacer viaje, ir ó partir de un lugar á otro; y cuya acepción militar es: ir la tropa con cierto orden y compás. Igual es el sentido natural del vocablo francés correspondiente; pero en esta última lengua tiene dicha voz un sentido figurado que equivale á curso, progreso, desarrollo; por eso en francés es propio decir *la marche de la science, d'un poème, d'une affaire*.

En buen castellano, y en el caso que estamos considerando, se debe decir curso y no marcha de las enfermedades; y esta opinión sí la apoya el Diccionario, pues admite como acepción metafórica de la palabra curso, la de serie ó continuación, agregando: "y en este sentido se dice, el curso del tiempo, el curso de los sucesos."

Los vocablos curso y marcha no son pues sinónimos castellanos: el primero significa la sucesión en el tiempo, y el segundo designa tan sólo ciertas sucesiones de situación en el espacio. En apoyo de nuestro dicho viene el Diccionario de sinónimos de la lengua castellana por D. Pedro María de Olive que no los considera como sinónimos, y sí considera como tales á marchar y á caminar.

De buena gana citaría más ejemplos de voces nada castizas ó usadas sin propiedad, pues por desgracia ellos abundan en el lenguaje médico que hablamos y escribimos. Mas la falta de tiempo y el temor de fatigar á mi ilustrado auditorio, me obligan á poner aquí punto final; por lo demás los pocos ejemplos que he citado, ponen de manifiesto la realidad y la generalización del mal. Si queremos constituir la ciencia nacional, no basta con observar hechos, con formular generalizaciones, y descubrir leyes, sino que también es preciso expresar verdades tan importantes en nuestra lengua materna, correctamente usada, y á este propósito no puedo menos que sellar mi imperfecto trabajo con esta frase memorable de un poeta: "¡La lengua es la patria. . . .!"

Mayo 2 de 1894.—PORFIRIO PARRA.

ACADEMIA N. DE MEDICINA.

Dictamen de la Comisión nombrada para juzgar la Memoria del Dr. D. Luis Troconis que opta á la vacante que existe en la Sección de Ginecología.

I

A Comisión que suscribe, honrada por la Academia con el encargo de dictaminar sobre la Memoria que el Sr. Dr. D. Luis Troconis Alcalá le envió, con el objeto de optar á la vacante declarada en la Sección de Ginecología, creyó conveniente declinar su incumbencia en este asunto, por parecerle que la parte culminante del trabajo sometido á su deliberación pertenece propiamente á la Histología y Anatomía Patológica.

Mas como la Academia, según se desprende de su acuerdo relativo, no juzgó prudente la excusa, la Comisión acatando su mandato y armada de buena voluntad, viene á presentar su dictamen, cuyas conclusiones, si son contrarias á lo que el afecto particular pudiera aconsejarle; se deducen en cambio lógica y concienzudamente del contexto del trabajo.

El Sr. Dr. Troconis Alcalá intituló el trabajo que presentó á la Aca-